EDUARDO S. TABORDA

ALMUS-AGER

Motivo Salteño

Primer Premio en los
Juegos Florales del CENTENARIO
del Departamento de Salto
realizados el 18 de
Junio de 1937
En el Teatro "Larrañaga"

SALTO R. O. del U.
1939



ADVOCACION

Al Dr. José María Delgado, gran salteño y altísimo poeta.

Siendo estas páginas muy pobres en belleza — por el flaco ingenio de su autor — son, por lo tanto, de efímera existencia.

Para que no mueran ruínmente, tienen necesidad de "un padrino rico", que las prohije, ampare y proteja.

Os ruego, señor, que las toméis bajo vuestra hidalga y generosa protección.

Quiero que vivan, aunque más no sea, el instante de un amanecer, de una aurora, de una mañana... pero, de una purísima "mañana salteña"; plena de luz y de color, de trinos y de perfumes...

¡Poeta, ayúdalas a vivir!...

E. S. T.

Al buen amigo Adelbarto Pereira Machado con profundo afecto
Eduardo Talavera
Febrero 3 - 1934

Miembros que constituyeron el Jurado:

Dr. José María Delgado

Sr. José Luis Gomensoro

Sr. Alfredo Mario Ferreiro

Sr. Telmo Manacorda

Nota de la Intendencia Municipal

Salto, Julio 10 de 1937

Oficio N° 896 Año 1937

Sr. Eduardo S. Taborda

Presente

La Intendencia Municipal de Salto, se complace en dirigirse a Ud. con el fin de significarle su satisfacción por el valioso concurso que tuvo la gentileza de aportar a las fiestas conmemorativas del Centenario Departamental, llevadas a cabo en nuestra ciudad, — como asimismo felicitarle por haber obtenido el primer premio por su hermosa narración sobre "Motivos Salteños".

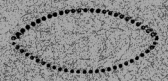
Al mismo tiempo me es grato obsequiarle con la medalla conmemorativa que este Gobierno Departamental y Comité Popular de Festejos mandaran a acuñar

con el fin de testimoniar su reconocimiento a quienes con su entusiasmo o adhesión, compartieron el alborozo de nuestro pueblo.

Aprovecha la oportunidad para saludarle con la mayor consideración.

JORGE ENRIQUE COSTA
Intendente

IUAN JOSE SCHMERSOW
Secretario



Nota del Comité Pro-Festejos del Primer Centenario del Departamento de Salto

Salto, Julio 24 de 1937.

Sr. Eduardo S. Taborda

Presente

El Comité Pro - Festejos del Primer Centenario del Departamento de Salto, tiene el agrado de dirigirse a Ud. con el fin de felicitarle por el brillante triunfo obtenido en los Juegos Florales llevados a cabo en esta ciudad, al conquistar el Primer Premio, en mérito a su hermoso trabajo sobre "Motivos Salteños". La circunstancia de haber sido discernido por un Jurado que integraban personas de reconocida capacidad intelectual, al par que de indiscutida solvencia moral, resulta

sello legítimo de justicia y atestigua el valor de su producción.

Me valgo de esta oportunidad, para saludar a Ud. con mi más alta consideración.

JACINTO R. SANT'ANNA
Presidente

JUAN J. LAGRILLA IRAZU
Secretario



Nota del autor al Gobierno Departamental

Salto, Julio 14 de 1937.

Sr. Intendente Municipal

Ciudadano Dn. Jorge Enrique Costa

Distinguido señor:

Con profunda emoción y muy íntima satisfacción, cúmpleme acusar recibo al oficio N.º 896, por el cual se me hace saber la complacencia con que han visto, el Gobierno Departamental y la Honorable Comisión Pro - Festejos del Centenario de Salto, el esfuerzo modestísimo de mi cooperación como salteño, a la realización y celebración de tan magna fecha.

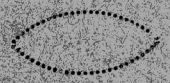
Acepto y agradezco, Sr. Intendente, con toda mi alma, los muy honrosos con-

ceptos con que su Gobierno y la Honorable Comisión de Festejos premia al más humilde, probablemente, hijo de Salto.

Ruégole Sr. Intendente, quiera aceptar las protestas de mi más cálida emoción y ser ante la Honorable Comisión el intérprete de mi más íntimo y elevado agradecimiento.

Muy atentamente.

EDUARDO S. TABORDA.



DEDICATORIA

Para mis hijas Grecia y Mireya

En estas páginas está lo mejor de mi vida: mi infancia y mi juventud; están escritas con todas las ansias de mi alma y todos los dolores de mi corazón; flotan en ellas fragantes aromas de recuerdos y sutiles perfumes de lejanías.

Nadie mejor que vosotras puede comprenderlas y amarlas, — y haciéndolo así, me daréis la más grande alegría de mi vida, — por haber vivido, amado y soñado, nuevamente, cuando ya mi vida está exhausta, mis esperanzas muertas y mis ensueños rotos.

Con todo cariño

EL AUTOR.

ALMUS-AGER

MOTIVO SALTEÑO

LEMA:
AEREOMATIA

¡Ciudad de Salto!, tierra de mis más caros afectos; rincón de mi patria, el más hermoso; el más noble y generoso. Tierra plena de luz y de belleza, de eterna y radiante primavera; cuna de héroes y de poetas y de damas gentiles y abnegadas.

¡Página luminosa y sublime de la historia de la patria: en las barrancas de tu costa, a las que besa el "paterno río", está escrito el hecho más brillante y heroico de la América Latina: ¡El Exodo!... Bajo el palio de tu cielo desfilaron las huestes rebeldes a la esclavitud, iluminadas por un acendrado amor de pa-

tria y libertad, rumbo a la gloria, rumbo a la eternidad.

Con este pueblo heroico y abnegado, el patriarca, el gran caudillo, forjó nuestra personalidad nacional. La tierra del Salto fué su cuna; en el "Puerto de Martín José" nuestra nacionalidad recibió del Uruguay sus aguas bautismales.

¡Oh, tierra de Salto, la del sol magnífico, la de las pintadas y brillantes auroras, la de los claros ríos y numerosos arroyos; la de feraz y ondulante campiña, en la cual nació nuestra industria madre, — tierra de promisión, tierra fecunda a la que el arado del Porvenir, al hacerla madre, de una patria "grande y única" de la América Española, canta una canción romántica de amor y de esperanza!...

¡A tí, tierra de bendición y de promesa, te debo todo lo que fué mío: mi infancia y mi juventud; las alegrías y dolores de mi vida!...

Hoy, al evocarte en tu día de júbilo, ¡oh, mi tierra generosa!, en tu día mag-

nífico, al cual llegaste, por el esfuerzo y cariño de tus hijos, — déjame que te sueñe; deja que la buena hermana Fantasía abra la ventana del Pasado, y el perfume de la lejanía llegue hasta mi corazón y el Recuerdo ilumine mi cerebro, con las feéricas luces de mi infancia.

Déjame soñarte, ¡oh, mi ciudad de Salto! como eras antes, cuando yo era niño: Chiquita!... una aldehuela humilde, de blancos y sencillos caseríos, hasta los que llegaban todas las mañanas: el "vasco lechero", jinete en su caballo trotador, con su maleta de seis tarros; y el panadero, montado en su pollino, con sus dos árganas de cuero que sonaban como timbales al trotar.

Déjame recordar tus calles sin pavimento, iluminadas por los destartalados faroles a kerosone, los cuales encendía todos los atardeceres el viejo farolero Gómez; déjame llegar hasta el portal de tus perfumados jardines y que la Ilusión haga que se embriaguen mis sentidos con la fragancia de tus jazmineros y rosales.

Déjame que sueñe y que recuerde, todo aquello que llenó de gozo y deslumbramiento a mi alma de pequeño; déjame contemplar desde el portal de la casa de la abuela, el firmamento estrellado en una noche calurosa del estío, mientras el "Sereno" con su linterna encendida, en la esquina de las calles Cuaró y Pintado, hace fuego para tomar mate y "acortar la noche".

Déjame que sueñe con aquel organillo callejero que rompe el silencio de la noche, allá en la esquina de Cuaró y Guaviyú. ¡Qué hermosa es la música poniendo una nota de alegría en la noche pueblerina!... Es, "La Verbena de la Paloma"... "Donde vas con mantón de Manila"... Hoy, a la distancia que han puesto los años, a los días de mi infancia, esa música, es muy hermosa...

La ancha vía del Recuerdo, se ilumina nuevamente; con esta luz nueva de mi cerebro, visitaré otra vez, ¡oh mi Salto querido! tus paseos de antaño: iré al "Prado Salteño" a jugar al "sapo" y a

recrearme en las hamacas, suspendidas de sus grandes árboles; luego, tomaré el "Ripper" de Testa y en él iré al "Recreo 18 de Julio" y vendré más tarde al "Recreo Salteño" a dar unas vueltas en su vieja "Calesita", después... iré a la "Plaza Vieja" a oír la Banda de los "Siamo Diversi" y ver si sus corpulentos higuerones ya han madurado sus "higuitos"..., son estos ¡tan ricos!... ¡tan dulces!...

Y cuando la abuela no me vea, me escaparé... iré hasta "Las Moras"..., las moras ya están maduras..., comeré muchas... me ensuciaré bien las manos..., pero, la abuela me descubrirá... no podré ocultar las manos manchadas... No importa... la abuela es muy buena y no me castigará... me dará muchos besos y me dirá: "Diablillo, ya irás al colegio"...

¡Oh, venturosa edad, en la que todo es alegría y contento; en la que ignoramos todo lo que vendrá; en la que la Vida aún no se ha ensañado con nuestras pobres almas soñadoras!... ¡Qué mara-

villosas eran las colecciones de figuritas!... ¡Las de cajas de fósforos, con los retratos de los hombres célebres y las banderas y escudos de las naciones; las de los cigarrillos "Ferriolo" con la "Historia de la Guerra del Paraguay" y "La Vida de Martín Fierro"... y las bolitas, los trompos, los baleros y las cadenitas hechas en un carretel con gomas de cajas de fósforos!...

¡Qué maravillosos encantos encerraban todos estos juguetes humildes para los niños pobres!...

¡Qué alegres eran los domingos otoñales, cuando después del almuerzo, en compañía de la madre y de la abuela iba "al campito", con el tramperito y el mixto cantor, y la vara de pega - pega y la red, — o a remontar "el barrilete pansón" al "Cerrito del Hospital" o a la "Cuchilla de la Negra Ricarda", donde se celebraban "los concursos de cortes".

¡Cómo admiraba aquellas "pandorgas" enormes, en formas de ranchos o de barcos; — y aquella "negra grandota"

que un día, el bueno del Dr. Amorim, elevó al espacio para regocijo de la turba de chiquillos que le rodeábamos y aplaudíamos con nuestra bulliciosa admiración, mientras "la negra" remontando gallardamente al infinito, agujereaba el cielo!...

Todo pasó..., pero el Recuerdo, desde muy lejos, desde el fondo de nuestras almas, aroma nuestro corazón con el perfume de todo lo que fué y revive en nuestro ser todos aquellos dulces y delicados sentimientos, que fueron un día, muy lejano ya, el encanto y la alegría de nuestra vida.

Los primeros cuentos infantiles que nos narrábamos con los amiguitos, sentados en el escalón de la puerta de calle o echados gandulescamente bajo la sombra protectora de un frondoso y perfumado naranjo, de aquel edén, que era el jardín - quinta de la casa de mi abuela.

Allí, bajo los naranjos, blancos de azahares, soñábamos con estupendas aventuras... con viajes a lo desconocido; con

tierras y ciudades de leyenda, de gigantes y pigmeos; con empresas heroicas y amores imposibles.

Nuestras almas criaban alas, — las alas del pájaro azul de la quimera; Swift, Wells y Julio Verne ya vivían en nosotros.

Eramos cuatro amiguitos inseperables: Carlos e Isidoro Muguerza, Adolfo Montiel y yo... Cuatro niños muy humildes, pero con mucho corazón... Después... cuando cumplí siete años, la vida me pareció otra... el "Diablillo ya irás al colegio", de la abuela, se cumplió... Y, la escuela... las primeras letras y los primeros números, aprendidos en los bancos del viejo y querido "Colegio de Calcagno" despertaban en mi espíritu la inquietud de "querer saber", — y bajo las miradas cariñosas y protectoras de aquellas señoritas tan buenas; de aquellas santas y abnegadas maestras, mi cerebro se formaba y se elevaba en parábolas de luz...

¡Oh, santas mujeres!... ¡Sacerdotí-

sas de la Bondad y del Bien!... dejadme que en esta hora, mis labios pronuncien con profundo sentimiento de gratitud, y con ferviente amor de lírico creyente, vuestros nombres muy queridos: ¡Magdalena Calcagno, Felisa Claverie, Luisa Beleche y Emiliana y Luisa Martínez, a todas vosotras, mi corazón, puesto de pié, para no ahogarse de emoción, os dice: ¡Salve!...

¡Oh, Salto! mi ciudad pequeñita... ¡que enorme me pareces ahora en el recuerdo!... con tu gran número de escuelas, y aquella pléyade de maestras y maestros admirables, — que afanosamente forjaban tu porvenir, modelando los cerebros vírgenes de tus hijos!

¡Oh, mi ciudad nativa, — en mi ardiente fantasía de hijo amante y cariñoso, te veo como a una pequeñita hija de la Grecia inmortal, prodigándote en cultura y en valor, — fundando escuelas y conquistando triunfos!...

Ninguna como tú, ¡ah, mi ciudad de los frondosos naranjales y de los jazmi-

neros y rosales, en eterna primavera, guarda en la página íntima de su historia, los nombres de tantas escuelas y maestros, que fueron la base sólida de su cultura y de su grandeza!...

El "Instituto Politécnico", el "Colegio Hiram", la Escuela Italiana", el "Liceo Salteño", el "Colegio de los Curas", el "Conservatorio Eslava", el "Colegio Helvético", la Escuela de Paiva, el Colegio de Cossio, la Escuela de Hernández, el Colegio de Schell, la Escuela de Reyes, el Colegio de Angeleri, la Escuela de Mousqués y las Escuelitas de Marana, de Cogorno y de Moreira, se abrazan en un mismo afán, siembran un mismo anhelo, rezan un mismo credo de superación y de confianza en el porvenir, con sus hermanas del "Estado": la de "Calcagno", la de "Milans", la de "Avila", la de "Migliaro", la de "Chouza", la de "Rey" y la de "Tate", — y de ese abrazo, de ese connubio ideal del Pueblo con el Estado, nació una generación fuerte, inteligente y

trabajadora, que transformó a la aldehuela pequeña, que era Salto, en una ciudad magnífica, — rica en esplendor cultural y que marcha al ritmo acelerado del progreso, segura de un destino feliz.

Pero, ¡oh musa, de mis entusiasmos y recuerdos!... déjame seguir soñando con "el ayer"!... ¡Son tan dulces los recuerdos del ayer lejano, los sueños infantiles y el perfume de lo que fué!... Si, déjame volver de nuevo al patio de la vieja escuela, a jugar con los compañeros de entonces, hasta el día triste y trágico, en que suspendimos nuestra alegría y nuestros juegos, para volvernos apresuradamente a nuestras casas.

Era una mañana llena de sol, del mes de Mayo del año 1897; el país estaba conmovido; la Patria sangraba; la sangre generosa de sus hijos fecundaban las margaritas rojas de nuestras campiñas y los hogares se vestían de luto...

En el patio de la escuela, las maestras, muy asustadas, suspendieron "el re-

creo" y haciéndonos formar en filas, nos ordenaron volver presurosos a nuestras casas, diciéndonos: que, los "Blancos" estaban en las "Cuatro Bocas".

El desbande fué rápido: todos corríamos asustados; ya se sentía a lo lejos, ruidos de descargas de fusilería. Al pasar frente de "Altillo de Garrasino" ví en los altos de la casa, a soldados del "Urbano", tuve mucho miedo y eché a correr...

En casa, la abuela me esperaba en la puerta de la calle, trémula de emoción — pálida y temblando de miedo, tomándome de un brazo me hizo entrar y me ordenó que no fuese a salir a la calle.

A la hora 11 de ese día, desde el "Cerrito del Lazareto" se hizo fuego de cañón hacia el lugar donde habían acampado los revolucionarios. Todo Salto vivió ese día momentos de honda congoja y de mortal angustia.

En casa, mi madre, junto al lecho de mi padre, agonizante, lloraba con honda tristeza; mi abuela, arrodillada ante una

imagen de la Virgen de Luján, imploraba, musitando una plegaria...

Al otro día, los "Blancos" se fueron de la "Cuatro Bocas" rumbo al "Daimán"; la ciudad parecía tranquila; el "Urbano" se había atrincherado y acantonado en diferentes puntos estratégicos.

Hubieron algunos muertos y muchos heridos; habilitóse como "Hospital de Sangre" al local de la "Escuela Italiana"; en él, muchas damas y niñas salteñas, ejercieron el noble y piadoso apostolado de la "Cruz Roja".

Los diarios, "Ecos del Progreso", "La Prensa", "El Avisador" y "La Reforma", todos los días, y a diferentes horas, tiraban cohetes anunciando las salidas de los "boletines" con las noticias de los sucesos.

☆

Después de este doloroso acontecimiento, ya no volví más al colegio de mis buenas y nobles maestras.

Cuando se hizo la paz, en Setiembre, mi madre me llevó al "Colegio Hiram";

fuí vestido de negro, mi padre había muerto...

Allí, en los bancos de esa escuela, volví a encontrar a mis amiguitos: a los Muguerza y a Montiel; fuímos compañeros de bancos y de juegos nuevamente.

Tengo una gran deuda de gratitud, para esta casa de enseñanza; no solamente encontré en ella a maestros, que noblemente modelaron mi cerebro y despertaran mi inteligencia; en ella, encontré lo que había perdido en casa: un padre.

Encontré a ese viejo patriarca, gloria del magisterio salteño, a ese viejo abuelo generoso, de muchos muchachos pobres de mi época, a Don Anastasio Albisu, quien me dió instrucción gratuita hasta tercer año.

Gustavo Macciá y Dn. Luis Basso fueron dos maestros del Hiram, a quienes mi corazón no podrá olvidar.

En las horas de recreo, cuando no jugábamos a la pelota, Montiel, los Muguerza y yo hacíamos proyectos; así fué, que una mañana, en medio de la algarabía

y del bullicio de los demás chiquillos, nació en nosotros el deseo de ser "artistas" de circo.

Impresionados por la caravana trashumante, de los personajes de un circo de "Dramas Criollos", que había levantado su toldo en un baldío de la calle Cuareim, y que anunciaba pintorescamente sus funciones por las calles del pueblo, — resolvimos fundar un circo.

Los cuatro amigos nos entregamos afanosamente a la realización de nuestros sueños, — y allá por el fin del año 1898, en el sitio de mi casa, con bolsas de arpillera y tablas viejas, construímos una especie de "vizcachera" que a su entrada lucía orgullosamente, para nosotros, el pomposo nombre, pintado por Montiel, en un pedazo de tabla de cajón, de "Circo Salteño".

El "Baratillo de los Pobres", de Dn. Angel Maymús, era para nuestro circo una especie de "utilería".

Esteban Lagaxio y Agustín Cisa, dependientes del señor Maymús, nos rega-

laban cajones viejos y nos juntaban unos gruesos papeles, en que, en ese entonces, venían envueltos los fideos, a los cuales yo los engrudaba y Montiel los pintaba, y con ellos hacíamos el "decorado".

Montiel era "un gran pintor"; tenía una gran vocación por la pintura. — Arte que más tarde abandonó por la literatura. A los cuatro amigos que éramos, se agregaron tres más, y con ellos completábamos el "elenco" de la compañía; ellos eran: Cipriano Casal, Enrique Mora y un peoncito cuarteador de la Diligencia de Dn. Antolín, de nombre Diego.

El "debut" lo hicimos con "Julián Giménez o El Pasaje de los Treinta y Tres"; fué todo un éxito, por que nadie nos pegó, y pudimos demostrar al público, que se puede representar a los Treinta y Tres, con solo siete "artistas".

La entrada valía un vintén o cien carozos de duraznos, — los que vendiámos o cambiábamos por "zarzaparrilla" en la "Licorería de Gozalbo".

A medida que nos entusiasmábanos

con "nuestro circo", nos sentíamos "más hombres"; — ya teníamos casi todos, los de la patota, nueve años, y con nuestra "hombría" se agrandó nuestro espíritu aventurero y germinó en él una ansiedad mayor de aire y de espacio, que nos arrastró hacia la deliciosa travesura de "hacer la pelada", y muchos días en el mes "raboneábamos", y nos íbamos a vagabundear a "Los Sauces", al "Lazareto", al "Montecito de Williams", a "La Amarilla", al Saladero", a "Las Aromas", al "Paso del Bote", a "La Petiza", a "Los Eucaliptus de Harriague" o a "Las Cavas", donde nos bañábamos o hacíamos vida contemplativa y gandulesca.

"Las Cavas" tiene un triste y doloroso recuerdo para los "raboneros" de aquel entonces, y que me curó para siempre, la enfermedad de las "rabonas".

Un día, un grupo de compañeros, en clase, en las horas de la mañana, concertamos una "falluta" para la tarde, para irnos a bañar a "Las Cavas"; — al grupo se agregó Rogelio Molina.

A la una de la tarde, toda la falange "rabonera" estaba reunida en "Las Canteras", frente a la "Panadería Unión", escondimos los libros; compramos bollos y bizcochos y nos marchamos "Cerro" arriba, rumbo a "Las Cavas".

Cuando llegamos a la costa, acampamos en "El Cable" y después de cerciorarnos que no andaba ningún "guarda", ni ningún "milico", y que desde el Resguardo del "Astillero" no nos podía divisar, nos desnudamos y "nos tiramos al agua".

En lo mejor de nuestra alegría, cuando más fuerte era el chapoteo que hacíamos en las aguas, — vimos que Molina perdía pié y desaparecía.

Asustados, salimos del agua y nos vestimos rápidamente, y al ver que éste no salía a flote, echamos a correr como locos, por distintos caminos, rumbo a nuestras casas, a las que llegamos, calculando de coincidir con la hora de la salida de clase.

Nunca pude saber quien fué el que

llevó la triste noticia a los padres de Rogelio; — sólo sé que cuando esta se supo, entre mi madre y mi abuela me pegaron la primera y única paliza, que he recibido en mi vida.

Al otro día, mi abuela cortó muchas flore, hizo con ellas un ramo y me ordenó que fuera a llevarlas a la casa mortuoria y que me quedara y acompañase hasta el Cementerio, los despojos mortales del infortunado compañero.

Si alguna vez lloré lágrimas de profundo arrepentimiento y de desconsuelo, e invoqué al Eterno, en demanda de perdón, por la cobardía cometida, de haber dejado ahogar al compañero de travesuras, fué ese día, mientras daban sepultura al cadáver de Rogelio.

El, desde el cielo, tiene que haberme perdonado; era muy bueno, y los buenos no se llevan más allá de la tumba, el mal que les hacemos en la tierra.

Este episodio doloroso, conmovió en tal forma mi espíritu, que cambió radicalmente, mis gustos, inclinaciones y trave-

suras: a la salida de clase, ya no iba más con la patota de "peleadores", que se apedreaban con los niños del "Colegio Italiano" y con los de la "Escuela de los Curas".

El Circo "se fundió" por falta de entusiasmo; — las figuras pintorescas de los "tipos populares", "Fontora", con sus canciones; "Pancho Mudo", con sus señas y ademanes, un poco libres; "José Latero", haciendo malabares con su bastón; "Chimarrita", con su guitarra vieja; "El Manco Pelegrino" con sus dicharachos; "Ubaldino Pereda", cantando y bailando; la "Negra Felipa" con su jauría famélica y vagabunda; "Agapito Montenegro", vendiendo yuyos; "Dotta" y "Giusepín" con sus filosofías de viejos vencidos, y "Risso", recitando eternamente, y a su modo, la "Flor de un día"; — desfilaban ante mí, pero sin despertar ya ningún interés, para hacerlos blanco de mis fechorías de chiquillo travieso.

A los gitanos, con sus osos y sus monas, bailando al son de sus toscas pande-

retas; y al "hombre - orquesta", con su bombo a la espalda y su alto sombrero de campanillas; — todavía, muchas veces, a la salida de clase, o desde el portal de mi casa, los contemplaba con arrobamiento y hasta con un cierto "poquito" de envidia...



Cuando cumplí once años, en mi alma ya se había realizado la metamórfosis de la infancia a la juventud; y con ella, nuevos sueños ocuparon mi mente: — ahora, "quería ser hombre", trabajar, aprender un oficio; soñaba con un banco de carpintero y muchas herramientas...

Mi madre, me decía siempre: que, " los niños pobres, a quienes sus padres, " no pueden costearles los cursos de una " carrera o profesión, tienen, necesaria- " mente que aprender un oficio " y agregaba, a manera de sentencia: "porque, los que tienen oficio, tienen beneficio".

Y, por estas razones, fué que aban-

doné la escuela para siempre y entré de aprendiz en la Carpintería de Derrégibus.

La vida me fué entonces más dura: empezé el recorrido de la "Calle de la Amargura", que forzosamente, tiene que andar, todo aquel que se inicia en la lucha para ganar el pan; — tenía que levantarme con el alba y trabajar hasta el anochecer, en que volvía a casa, cansado y sin ganas de nada; — cenaba y me acostaba; siempre con el temor de dormirme al otro día...

Y, así, muchos días, muchos meses, algunos años.

En esa época, los patrones de talleres no tenían ninguna consideración con sus pequeños operarios; nunca estaban conformes, nunca se había trabajado bastante; — eran unos bárbaros, unos injustos y unos grandes egoístas...

Ellos decían, que era "así" la forma de aprender y trabajar y llegar a "ser algo"; — claro está, que decían esto, por conveniencia. Después de dos años de

aprendizaje en lo de Derrégibus, me fuí a aprender de "tornero" a la "Tornería La Industrial", de Dn. Luis Pastorino, que estaba instalada en la calle Cuareim entre Cevallos y Patitas.

Era este industrial, un italiano muy bueno, comprensivo y generoso, y un verdadero artista en su oficio.

El me enseñó a ganar mi primer sueldo. ¡Qué alegría, la de aquel domingo de fin de mes, cuando, después de la limpieza y arreglo del taller, Dn. Luis me llamó al escritorio y me hizo entrega de la "fabulosa" suma de cinco pesos!... Pastorino, a los pocos meses de estar yo con él, tuvo que trasladar su "Tornería" a la vecina ciudad de Concordia; pero no me abandonó: él fué quien me recomendó y me hizo entrar, ya, como aprendiz adelantado, en la "Mueblería del Siglo XX", de los señores Miguel Pacot y Eugenio Gros.

Era este establecimiento industrial, el que gozaba, en ese entonces, de mayor y mejor saneados prestigios, en el Depar-

tamento y en la Capital de la República; — para trabajar en él era necesario "saber trabajar". Dn. Miguel, como operario, habíase conquistado fama de artista superior; además, poseía una vastísima cultura que lo caracterizaba, en grado superlativo, como a un auténtico caballero; — a su profundo conocimiento de las ciencias exactas y a su brillante ingenio, se debe la construcción del reloj maravilloso, "El Salteño".

Máquina ésta, planeada y ejecutada por él, y cuyas piezas, modeladas en las horas libres de la diaria labor, fueron fundidas en distintas ciudades europeas, de Suiza, Bélgica, Francia y Alemania, para así, no dar la clave de su invento.

Este reloj es un alto exponente de ingeniería mecánica: tiene distintas esferas, que marcan todas las horas del mundo; — las faces de la luna, los meses, los años y los años bisiestos, también son señalados en él, con sorprendente y maravillosa exactitud.

Creo que esta labor primorosa de es-

te hombre múltiple, que conquistó con su agudo ingenio, glorias para el Salto, se encuentra en la actualidad en el Museo de la ciudad de "La Plata" (R. A.).

Don Eugenio Gros, se complementaba a Don Miguel; como ebanista y escultor, "sabía lo que hacía". Calzaba puntos muy altos, en el arte de la construcción y decoración del mueble; — hombre honrado y bondadoso, de carácter algo empecinado, — como todos aquellos que "ven lo que muchos no pueden ver", pero, de una alta nobleza de corazón.

A estos dos hombres les debe el Salto, sus mejores operarios en ebanistería; al lado de ellos, se formaron aquellos magos artífices de la delineación y construcción del mueble: Camilo Mazza, Antonio Defeo y Américo Maffio; — obreros humildes que enaltecieron a nuestra ciudad por el enorme caudal de conciencia que ponían en las obras que salían de sus manos.

Con estos dos hombres de excepción, estuve algún tiempo; — aprendí con ellos a "hacer algunas cosas".

Viajé: conocí ciudades y pueblos distintos al mío; conocí a los hombres en sus miserias y dolores, en sus vanidades y torpezas, en la miseria que los eleva y en la miseria que los hunde... conocí todo lo que la Vida nos reserva para templarnos en el fuego sagrado, que es la Vida misma.

Sufrí dolores y desencantos, tristezas y amarguras; me hirió la calumnia y el despecho de los enanos de corazón; pero, amé, y la fé en la vida me elevó sobre todo lo pequeño...

Hoy, en edad ya madura, ¡oh, mi Salto generoso! he vuelto a tí, en busca de reposo, en busca de la paz necesaria para mis últimos años...

¡Ya que acunastes mi infancia, sé piadoso con mi vejez; déjame que duerma mi último sueño, en el seno de tu tierra amorosa, en tu seno blando y cariñoso.

¡Oh, mi santa madre tierra de Salto!...

Salto, Junio 15 de 1937.